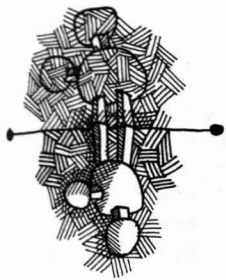


# JUAN VILLORO LA ÉPOCA ANARANJADA DE ALEJANDRO



Ahí sentado en la banqueta, Alejandro se sintió más feo que nunca. Tentó las barbas que le brotaban desordenadamente. Tenía ganas de rasurarse, poner su cuerpo a remojar durante una semana y lavarse los dientes mil veces seguidas.

Se hizo cosquillas en el pie, a través de un hueco de su zapato, mientras esperaba que abrieran el cementerio.

Era una de esas tardes en que las tiendas cierran un poco más temprano y las gentes sacan sillas a la calle. El aire tiene una espesura que no conocen los días claros del verano y todo es color naranja. La gente piensa que el cielo es como una rebanada de fruta, pero nunca que es el mismo cielo que casi siempre amanece gris.

Empezó a creer que ya no abrían el cementerio. Al rato toda la colonia estaría en la calle, disfrutando del sol después del trabajo, con una taza de té en la mano.

Alejandro cruzó decidido hacia la acera de enfrente, como un vaquero que avanza desafiante por la calle principal del pueblo, a sabiendas de que todos lo observan detrás de barriles y mesas de madera, aunque él se dio cuenta de que nadie le prestaba atención. Escupió junto a la reja y ya estaba por gritarle al cuidador que abriera de una vez, que no había cruzado el Atlántico para quedarse frente a esa reja. Se sintió como un animal de zoológico, en espera de que un guardián de gorra azul viniera a liberarlo. Y estaba precisamente por gritar a todo

lo que dieran sus pulmones en el aire anaranjado de otoño, cuando vio que una muchacha venía por la banqueta. Llevaba un perico en el hombro. Alejandro no tuvo tiempo de pensar en piratas y tesoros escondidos, sólo vio el vaivén de ella, avanzando como un barco con las velas desplegadas. Volteó a ver al perico que cerraba los ojos para recibir la brisa, y entonces tampoco pensó en las costas orientales, pero tuvo la impresión de que la muchacha iba como flotando sobre el agua, navegando en la banqueta, hasta que el perico brincó del hombro para correr entre las sillas y las mesas improvisadas para el té. Alejandro la vio perseguir al pájaro que gritaba con mejor pronunciación inglesa de la que él tenía.

No le gustaban los animales, pero cuando vio pasar al perico se tendió para capturarlo con agilidad de *short-stop*. La muchacha llegó después, respirando fuerte, y él pudo ver su pelo rubio, grueso, las uñas sucias cuando le tendió la mano. Se llevó al perico y entonces la vio alejarse de espaldas, lentamente, entre las sillas y los rostros pálidos de quienes tomaban el sol.

Alejandro fue al parque vecino al cementerio. Era como un campo de golf, grandes extensiones de césped y luego unos arbustos o un estanque. El pasto no se extendía horizontalmente; avanzaba en colinas y montículos y nunca se podía abarcarlo todo con la vista. Se instaló arriba de un montecito para ver las tumbas que se desperdigaban al otro lado, entre matorrales y arbustos secos. Era un panteón decididamente horrible.

Casi no había tenido tiempo de reflexionar sobre su visita al cementerio, el último empalme europeo. Sí, porque después vendría el regreso al altiplano, y entonces se iba a enfrentar a lo de siempre. Alejandro se sentía miembro de una generación a la que le tocó la última parte de la obra de teatro, no la última escena, sino el momento final, recibir la respuesta del público sin saber cuál era la obra representada; él formaba parte de los que venían después, después de todo, del movimiento del 68 y el festival de Avándaro. Había sido muy joven para participar y muy viejo para no darse cuenta de que algo estaba sucediendo. Y por si fuera poco, en el momento en que le tocaba actuar, la escena era una tarima desierta; los actores y el público abandonaron la obra para irse a merendar a algún café. El viaje a Europa aparecía como una forma de evitar el escenario vacío, al menos así lo pensaba él, tratando de darle una expresión racional a esa estancia de tantos meses con tan poco dinero. Pero lo que había sucedido es que a medida que pasaba de un albergue juvenil a otro, cambiaba monedas, revisaba mapas, tenía más ganas de regresar a México. Era una sensación vaga, que venía despacio, rozándolo apenas, recordándole los gestos, las señas que describían a los amigos que había dejado. Sí, más que nada necesitaba contacto con la gente,



pues en Europa se condenó al mutismo del que entiende poco y habla menos. Sintió el olor del pasto, un agradable aroma de la hierba que comienza a pudrirse.

Se paseó por el parque hasta que le dio miedo estar solo. De chico alguien le dijo que silbando se iba el miedo, pero cuando Alejandro empezó a silbar tuvo la impresión de que estaba acompañado, y fue peor. Si no estaba solo alguien podía salir de un arbusto y degollarlo para apropiarse de la moneda de 6 peniques que él tenía en el bolsillo.

En la calle las gentes se retiraban a sus departamentos. Echó un vistazo a las construcciones de ladrillo y luego pensó en la muchacha. Se la imaginó en un muelle, en medio de cargamentos de café y tabaco, tostada por el sol del trópico.

Alejandro vio que una pareja todavía estaba en la calle. Los ayudó a meter las sillas y la mesa. Le dieron unos peniques de propina y él se sintió más prángana que nunca. Iba a devolverlos porque le daba vergüenza que lo trataran como a un mendigo, cuando alguien le tocó el hombro. Era la muchacha. Alejandro buscó al perico, pero sólo descubrió la blusa un poco raída donde el pájaro ponía las uñas. Volteó hacia la pareja para decirles en español que cómo le daban propina, que no sé cuánto. La puerta ya estaba cerrada. Alejandro no tuvo más remedio que oír las palabras de la chava. Hizo unas señas que según él daban a entender que no hablaba inglés, aunque luego pensó que a lo me-

jor ella creía que era mudo.

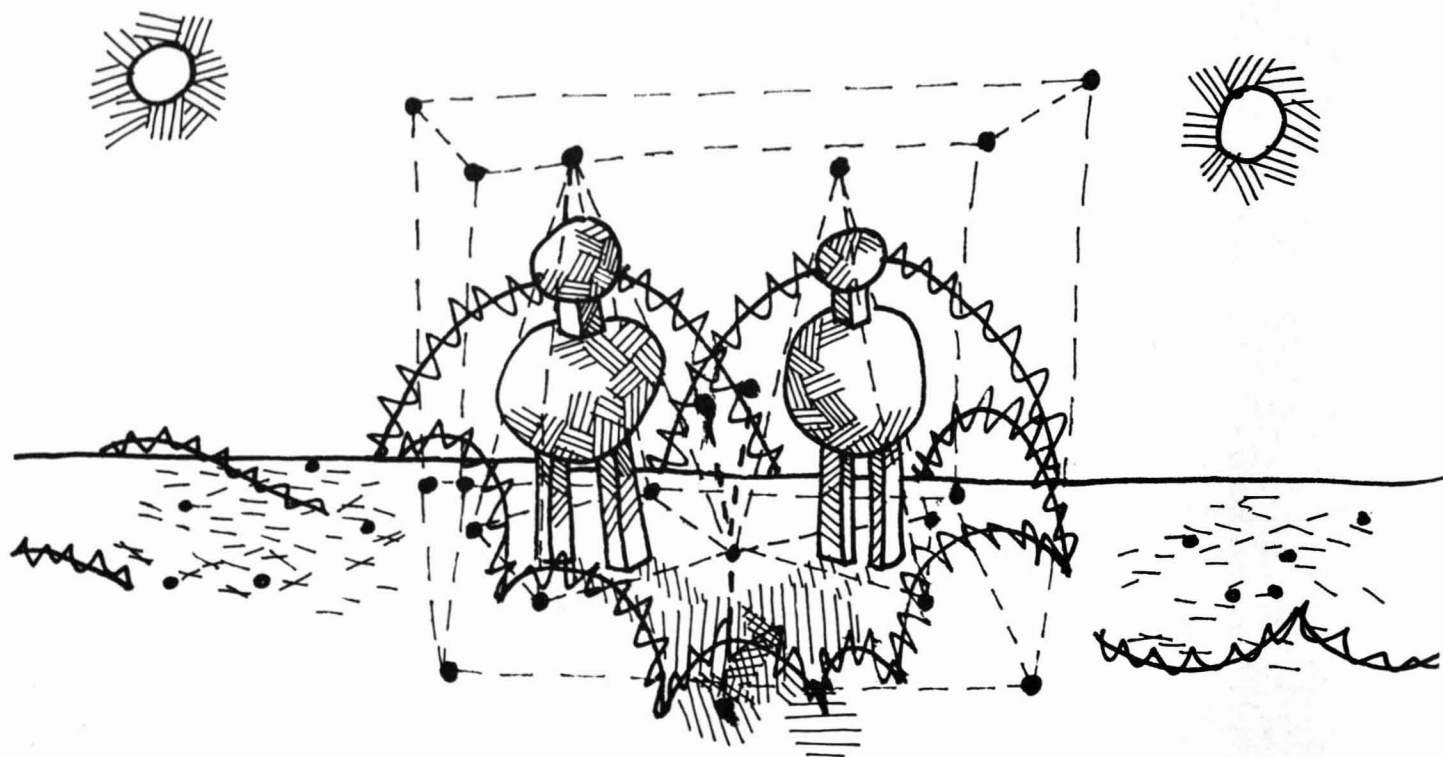
Alejandro aleteó con las manos para preguntarle por el perico. Ella se rio, haciendo una pantomima que significaba más o menos que el perico se había dormido, ¿envuelto en una toalla?, ¿con un capuchón? Alejandro pensó que era malísima explicando con señas y que además debía estar loca.

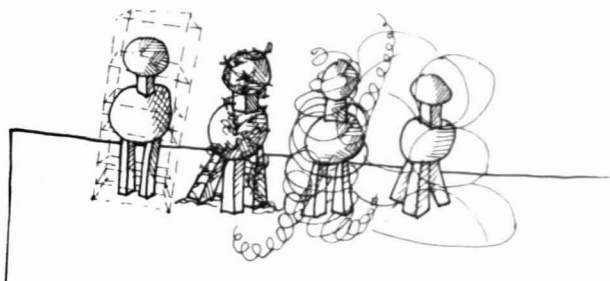
Pero se dio cuenta de que no estaba tan loca cuando le explicó que venía a pedirle una moneda para hablar por teléfono. Alejandro vio los dedos simulando la moneda y luego el índice girando frente a la oreja. Le dio tanto coraje que le pidieran dinero como antes le había dado que se lo regalaran. Inventó que sin su dinero se iba a morir al día siguiente. Ella opinó que era un tacaño.

Por un rato dejaron de hacer gestos. El tuvo miedo de que ella se fuera, después de todo era la única persona con la que se entendía en varias semanas, así es que le pidió que cruzaran la calle.

Junto a la reja había un farol. Alejandro vio el cuello de la chava marcado con pequeñas líneas grises. Le tomó las manos para verle los nudillos. Ella sonreía y Alejandro pudo ver sus dientes blancos y se sintió mejor. Después se dio cuenta de que él tenía las manos húmedas de sudor.

Señaló hacia el cementerio y luego ahuecó sus manos en torno al pelo y la barba, como describiendo la cara de Santa Claus. La muchacha no entendía muy bien porque Alejandro no paraba de hacer gestos. Poco a poco fue comprendiendo la





cara que él describía. Le dio un apretón de manos y sacó de su bolsillo una estrellita roja.

Por primera vez en muchos días Alejandro se sintió de veras contento. Después del tiempo que llevaba con ganas de terminar su recorrido porque ya no estaba de viaje, sino sólo *durando* allá tan lejos, se sintió emocionado y entonces hizo unas señas como de tirarse de un trampolín. Pero tuvo que ser más explícito porque la muchacha no entendía. Señaló el cementerio. Hizo como que trepaba una roca para echarse un clavado. La chava se pasó la lengua por los labios, concentrada. Parecía divertirse. Volteó a ver los edificios de enfrente, las luces encendidas a lo largo de la calle. Tomó a Alejandro de la mano y lo llevó hacia el parque. Había entendido.

Ahora no le dio miedo pasar entre los arbustos, buscando la barda del cementerio. Sólo sintió el frío que se colaba entre las ramas y le ofreció su abrigo a la muchacha. Ella se lo puso. Alejandro se frotó las costillas para alejar el frío. En ese momento era el hombre más flaco del mundo. Trepó la barda sin darse cuenta de que los dedos de los pies se le entumían con el viento. Se sentó arriba. Ella se rió al ver el agujero que él tenía en el zapato. Alejandro creía que tal vez ella se iba a ir con su abrigo. Pero no, eso era absurdo, aunque también lo fue la verdadera reacción de la chava. El supo que ella no pensaba escapar con su abrigo ni tampoco esperar ahí, sino que le tendía los brazos para que la ayudara a subir. Pensó que se iba a caer con todo y la muchacha. Pero cuando ella se montó en el último ladrillo y la vio resoplar, supo que valía la pena el esfuerzo. Hasta había llorado de tanta concentración. Se limpió las lágrimas y sus manos soltaron un poco de mugre. Le dio un golpe afectuoso a la muchacha, en su propio abrigo, y ella le dio un beso en la mejilla. Sintió la boca tibia sobre el cachete helado y se puso tan contento que brincó hacia el cementerio.

Seguramente Alejandro esperaba ser recibido por una mullida alfombra de césped, pero cayó sobre unos arbustos marchitos, golpeándose una pierna. Sintió como si su carne fuera uno de esos bistecs que venden en el súper. Estaba entumido y gritó un par de groserías. Cuando volteó a ver a la muchacha ella ya estaba abajo, como si hubiera flotado desde la barda, viéndolo a él como si fuera un fantasma. En verdad había creído que era mudo.

— México —dijo él, señalándose el corazón con patriotismo.

— Oh —dijo ella, describiendo con las manos un sombrero enorme.

El volvió a hacer las señas de la barba y la melena, esperando que ella lo tomara de la mano para conducirlo entre las tumbas. Pero la muchacha sólo se adelantó un poco y él tuvo que decirle a su pie congelado que se apurara. Alcanzó a la muchacha y se apoyó en su hombro para caminar mejor. Ella

le pasó el brazo por la cintura y él se sintió un galán, inventándose que no se había apoyado en ella, sino que la había tomado suavemente por los hombros.

Estaba muy oscuro pero la muchacha conocía perfectamente el cementerio. Esquivaba las cruces, los ángeles de yeso con gran familiaridad. Alejandro se paró en seco. Trató de preguntarle si había alguien de su familia enterrado en ese lugar, pero no se dio a entender. Ella comenzó a hacer varios ademanes, cambiar flores, limpiar lápidas, y Alejandro fue comprendiendo que ella arreglaba el cementerio. Le pareció horrible, además las tumbas estaban en completo desorden. Trató de explicar que aquello era un tiradero pero sus ademanes más bien representaban una explosión atómica. De cualquier forma ella le entendió. Hizo la seña que había hecho cuando le pidió la moneda para hablar por teléfono. El le acarició el pelo, sentía compasión por la muchacha que por su culpa ni siquiera había hablado por teléfono, aunque la llamada no debía ser muy importante. Le pidió que siguieran.

Vio la cabeza de cemento que sobresalía entre las otras tumbas. Se apresuró a llegar. Frente a la lápida había unos claveles rojos. La muchacha tomó uno y mordisqueó los pétalos mientras él veía la tumba.

Alejandro pensó que si fuera un árabe en la Meca se arrodillaría dando alaridos; pero como no era un árabe y tenía la pierna entumida se contentó con sentirse satisfecho; podía terminar el viaje. Tuvo ganas de gritar como en la más indignada de las manifestaciones, pero sólo respiró el aire frío mientras leía en la lápida la última tesis sobre Feuerbach. Siempre creyó que su viaje a Europa tendría un sentido último, un punto en el que sólo iba a poder decir basta y dar media vuelta de regreso a México, a platicar cómo sobrevivió con tan poco dinero.

Pero ahora sólo veía el brillo de los faroles de la calle, como una alucinación después de no comer en días y días, el cielo convirtiéndose en un oscuro paladar, la atmósfera que pierde su código. Sólo que él estaba en el refugio para la tormenta, el cementerio que escapa a la lluvia de neón y su saliva ácida.

De pronto recordó esos letreros en los museos que clasifican a un pintor con un color en especial: "etapa rosa". Así se sentía él, terminando algo, o mejor, pasando de una etapa a otra; su época anaranjada se disolvía en un vaso de agua. Quiso contarle a ella pero prefirió que las señas se fueran al diablo.

La muchacha vio los ojos brillosos de Alejandro. El la abrazó sin importarle que los cuerpos estuvieran sucios o que le fuera a dar pulmonía. Dejó de pensar. En el mundo ya no había otra cosa que no fuera el pelo rubio frente a él, las respiraciones que comenzaban a mezclarse en la oscuridad.